

Guillermo Rivelis  
Cuasicuentos



# **CUASICUENTOS**

Dedico este libro:

A mi esposa Liliana Haydée Gutierrez

A mi hija Ana Luz Rivelis

A mi hija Martina Rivelis

A mi hijo Juan Guillermo Rivelis

A mi yerno Fernando Sánchez Neri

A mi nieto Franco Sánchez Rivelis

A mi nieta Malena Sánchez Rivelis

Ana, mi hija mayor, a la que la designo como "mi hija menos chiquita", me dijo que había un concurso de cuentos en la Ciudad de Buenos Aires.

El cuento no debía contar con más de cien palabras.

Me dijo que escribiera uno.

Nunca había escrito un cuento.

Resultó que mi residencia, Zárate, quedaba afuera del radio abarcado para los concursantes.

Igual lo escribí.

Es el primero, en todo sentido.

Se titula "Soledad".

Mi hija me abrió una puerta e ingresé a un espacio que no conocía.

Gratitud. Mucha gratitud hija.

Mi hija Martina y mi hijo Juan son, además de hermosas personas, amantes y amorosos tía y tío.

Hay en este libro un cuento para cada uno de ellos.

Mi esposa Liliana lee todo lo que escribo, ni bien lo escribo. Es la primera lectora y una crítica

privilegiada. A veces le gusta más y lagrimea.  
Entonces, me llena el alma.

Franco y Malena están presentes en todas partes.

Siempre.

Fernando, mi yerno, agudo y sonriente observador,  
amoroso esposo de Ana y papá de Franco y Malena.



República Argentina - Poder Ejecutivo Nacional

2023- Año de la Exportación

Obra Inédita - No musical

Constancia Notificación Electrónica

Número: IF-2023-87093598-APN-DNDA#MJ

CIUDAD DE BUENOS AIRES

Miércoles 27 de julio de 2023

Referencia: Notificación del registro: RL-2023-  
87093554-APN-DNDA#MJ

Documento der referencia: 8631612

Autor: Guillermo Daniel Rivelis

Diagramación: Diego Hernán Yaques

Diseño de tapa y contratapa: Diego Hernán Yaques

## ÍNDICE

Soledades .....	6
Principio de pandemia .....	8
Tru la lá .....	10
Arriba .....	13
Nada espera .....	17
Quién sabe .....	22
Página veinte .....	24
Un líder y un ombú .....	28
Afeitados .....	31
Indestructible .....	35
Cerbatana .....	45
Cuaderno de comunicación .....	48
¿Follie a deux? .....	53
Mejores amigos .....	59
Cuentos .....	65
Lejanas historias cercanas .....	74
Imaginación escrita en pasado .....	77
¿Cómo sabe la tía? .....	86
Un poco raro .....	91
Amados disparates .....	96
El cartel informa .....	102
Inseparables .....	107

## SOLEDADES

Florida Estaba llena de gente.

Muchos compraban y otros vendían divisas.

Oscuro límite entre la ilegalidad y la travesura tibia.

Sórdidos intereses circulaban en el aire,  
habitualmente contaminado.

El nene caminaba de la mano de la mamá y el papá.

Y algo tenía en una de sus manos.

Reía contento.

A veces, saltaba.

Un llanto irrumpió y quebró el clima.

Lo que tenía en la mano rodaba entre las piernas de los transeúntes.

Se desprendió y corrió.

Un fuerte tirón en el brazo derecho lo devolvió al lado de sus padres.

Pidió llorando que lo buscaran.

No lo entendieron



## PRINCIPIO DE PANDEMIA

Tal vez sea forzada y hasta errónea la imagen.

Pero cuando se extinguieron los dinosaurios, se extinguieron todos.

Los muy poderosos, los que no lo eran tanto y los que no lo eran.

### Versiones

Especulaban fortunas. Se apropiaban del verde.

Contabilizaban sectores de césped. Cerraban balcones de flores. Escondían limones para no regalarlos.

Inventariaban vajilla. Blindaban las puertas. Aumentaban seguridad entrenando perros y acumulando balas.

Cambiaban roperos. Renovaban decorados y manteles.

Ocultaban oro y mostraban monedas. Cerraban postigos y encarcelaban aves.

Guardaban delicias y clasificaban relojes.  
Cotizaban sus cuadros.

Sumaban inodoros. En cajas secretas contaban  
caudales y en fríos pasillos amontonaban escombros.

No entendieron la tormenta que aniquiló los jardines  
y liberó las jaulas. Atravesó los techos, volteó las  
paredes, hizo flotar los muebles y perforó los  
pisos.

Espantados e inmóviles, a través de una ventana, ya  
sin vidrio y cortina, admiraron al niño que subido  
a una tabla, con manos empapadas y pantalones  
raídos, sobrevivía remando sobre la calle inundada.

## TRU LA LÁ

Le decían mentiroso.

Sus apasionantes relatos no se corroboraban nunca.

Él en realidad contaba cuentos.

Pero nunca lo aclaraba.

El marinero, que con su barco averiado nadó sorteando las olas hasta llegar al otro lado del océano, era uno de sus héroes.

Que se convertía en un desconcertado y desadaptado ser porque del otro lado del océano predominaban las tierras y el mar era sólo un borde.

Los niños, con sus rondas, hacían girar la luna. Sin ser magos. Simplemente, por ser niños.

El insecto que había apagado el fuego, muy cansado y algo chamuscado, se había retirado a una playa lejana que nadie conocía.

La tormenta que había hecho feliz a los habitantes de un pueblo triste no había vuelto a pasar. Pero todos la esperaban.

Los cuatro jinetes que les habían ganado una carrera a los del Apocalipsis publicaban su hazaña en los periódicos y no volvieron a aceptar la competencia.

Los magos eran verdaderos y delataban las trampas de los ciudadanos ilustres.

Un día volvieron transparente el bolsillo del Sr. Intendente y se hizo público el contrato secreto con la petrolera.

Las bandas de estrellas habían cambiado a Mozart por música pop.

Nadie le creía. Era "el mentiroso". Ya no era su apodo. Era su nombre.

Pero muchos lo buscaban para escuchas sus historias mentirosas.

Mucho no había que hacer en el pueblo, no tan triste como aquel en el que la tormenta alegró a los habitantes, pero callado y apagado.

Nunca pasaba nada demasiado importante. O lo que pasaba estaba guardado en algún bolsillo opaco.

Un día una tormenta no fue beneficiosa.

Volaron los techos.



Se rompieron los graneros.

Los animales perdieron sus refugios y enloquecidos corrían sin sentido.

Los niños tenían miedo. Las madres frío. Todas las mujeres incertidumbre y desconcierto. Los hombres, impotencia.

Las defensas eran inútiles.

Las quebraba la tormenta que arrastraba por el aire los pedazos de madera y trapos.

Permanecía de pie la Iglesia.

No se sabía por cuanto tiempo.

Allí se reunieron.

Sin el cura que, desde hacía días y sin mediación de la tormenta, deliraba en su cama, aparentemente por una fiebre repentina.

Entre todos pensaron.

No encontraron soluciones.

A cada propuesta se le reconocían falencias.

Por votación unánime, resolvieron ir a escuchar una historia del mentiroso que contaba cuentos.

## **ARRIBA**

Los techos a dos aguas no les servían.

Indefectiblemente, se resbalaban.

O el peso y las zapatillas amenazaban romper las tejas.

Caminaban, entonces, los techos planos.

Mezcla de terrazas y colgaderos de ropa.

Atravesados de cables de distinto tipo.

Y ocupados sectores de algunos por partes de copas de árboles.

Nunca supieron a ciencia cierta por qué y para qué querían estar arriba.

Suponían que era más silencioso.

Cuando pasaba algún avión el ruido parecía más ensordecedor.

Y espontáneamente se agachaban pensando que podía atropellarlos.

Tampoco nunca supieron por qué eran tres.

Y ellos.

En la casa de Raúl eran ocho hermanos.

Raúl, el sexto.

No podía leer.

Tampoco hacer crucigramas.

Su mamá, siempre con delantal, gritaba casi constantemente pidiendo distintas ayudas.

El padre de Diego se enojaba mucho y muy seguido.

Se ponía rojo y amenazaba con las manos.

No a Diego y las hermanas.

A la esposa, que no era la mamá de los chicos.

Los amorosos padres de Pablo no dejaban de preguntarle cómo se sentía.

El asma de Pablo había mejorado mucho en el cuerpo.

Pero no en el clima de la familia.

Pablo contestaba de mala gana que se sentía bien.

En los techos, azoteas, colgaderos de ropa, cables y copas de árboles a veces la lluvia, otras veces el sol y habitualmente el viento diluían palabras y gritos de abajo.

Pablo en ocasiones tosía.

Diego se asustaba cuando los cables y las hojas de los árboles se movían furiosos.

A Raúl le parecía que sería bueno que arriba hubiera menos cosas.

En uno de los techos azoteas habían instalado una carpa.

La habían ajustado al piso con ladrillos.

Era una carpa bastante grande.

En una esquina, Raúl leía.



Diego se acostaba panza arriba, relajado y tranquilo.

Pablo, si había corrido antes, podía agitarse un poco sin que nadie le preguntara nada.

No sabían cómo hacer para sentirse arriba cuando estaban abajo.

Cada uno en su casa, sentida como ajena.

Pensaron como recurso fijar una hora exacta para, cuando estaban abajo, pensar los tres al mismo tiempo en "allá arriba".

Lo más frecuente es que alguno de los tres era interrumpido por alguna de las cuestiones ordinarias.

Cuando eso le pasaba a uno, los otros dos también se dispersaban.

Cuando volvían a subir y conversaban, descubrían esa misteriosa comunicación.

De eso se reían.

Pensaban que "acá arriba" tenía una cualidad mágica.

Pasaron años viviendo abajo y arriba.

Ya más grandes pensaron en hacer funambulismo.

No estuvo claro si cuando averiguaron se asustaron un poco o pensaron que no era necesario.

Desde los techos, azoteas, colgaderos de ropa, cables, partes de copas de árboles, por primera vez miraron para abajo.

Vieron calles, veredas, frentes de casas, niños jugando, personas caminando, un ómnibus que parecía ir lejos y una pelota rodando.

Decidieron bajar e inventar para los tres un arriba, ahí abajo.

## **NADA ESPERA**

Iba y venía con la duda.

De la nada, la creación.

De la nada, nada surge.

Cristianismo y filosofía griega tironeaban sus ideas.

Pocas cosas más le ocupaban el día.

Tuvo miedo de estar dibujando un grave pensamiento obsesivo.

Había leído bastante psicoanálisis.

Lo cierto es que la sensación de nada convivía con él todo el tiempo.

Dormir era un alivio.

A veces, dormía mucho.

Otras, no podía hacerlo compenetrado con ese vaivén que a esa altura no parecía intelectual.

Estaba sentado en el banco de una plaza.

Lo que circulaba alrededor era nada.

Un golpecito sacudió su cabeza.

Y un feo olor.

Un pajarito que pasó lo había elegido como depósito.

Un algo le produjo un efecto.

Se dirigió al bebedero.

Tenía pañuelitos descartables y como pudo se limpió.

Como ya estaba parado, echó a caminar.

No sabía cuántas cuadras había recorrido.

Un estado crepuscular lo mantenía entre la nada pensada y el algo padecido.

Una pelota rodando por la calle.

Venía de la vereda de enfrente.

Pensó que detrás de la pelota vendría el niño.

Cruzó la calle enfrentando obstáculos y riesgos.

Frenó al niño en el borde del cordón.

Luego, lo acompañó a buscar la pelota que sostenía en una de sus manos un muchacho del otro lado de la calle.

También lo acompañó a volver.

Lo conmovió la tibieza de la mano del niño y la sonrisa amplia con que sustituyó al "gracias" habitual.



El olor de la panadería en la cuadra siguiente lo hizo detener.

Dos pancitos calientes lo deleitaron durante la cuadra siguiente.

No soportó la pelea de los padres delante de la nena que lloraba.

Pensó en llamar al 911.

Y lo asaltó la duda acerca de si eso resolvería o la situación o aumentaría el problema.

Los padres dejaron de pelear y la nena ya no lloraba.

Se sorprendió de haber tenido una duda entre dos algo y entre dos posibles acciones.

Llegó a otra plaza más pequeña.

Lo sedujeron los jacarandás.

Pensó que era primavera.

Y que las estaciones del año eran cuatro y no dos.

Con cuatro distintas paletas de colores.

Se sentó en un banco a mirar lo que había y ocurría.

Nunca abandonó su duda filosófica.

La mantuvo en medio de los sonidos, de su mirada,  
de sus acciones, de su vida vivida.

## QUIÉN SABE

- No la dejes tirada por ahí.
- Está durmiendo.
- Está tirada en el piso del living.
- Pero ahí es su camita.
- Ese `piso no es una cama Amelia.
- Pero para ella sí, mamá. Mirá cómo duerme.
- Las muñecas ni duermen ni están despiertas Amelia. Son muñecas. Así que sacala de ahí y guardala en tu caja de juguetes.
- En la caja de juguetes está incómoda. Hay mucha gente.
- Hay muchos juguetes, Amelia. Juguetes que no pueden estar tirados por ahí.
- Entonces la acuesto en mi cama.
- Hacé lo que te parezca, pero no la dejes tirada por ahí.

Nunca se pusieron de acuerdo.

Un piso, lugar para dormir, un cajón de juguetes,  
un lugar lleno de gente, una muñeca, una  
persona...

Las diferencias eran muchas.

Las formas de tratarlas, necias.

El problema se fue desplazando: las medias, el ropero, la ropa interior, el cajón adecuado, los zapatos y zapatillas, el piso, el "por ahí", la ropa, la cama, el afuera "por ahí", los lugares de diversión, la calle "por ahí", las caminatas y las esquinas.

Ni siquiera muchos, muchos años después.

Cuando las circunstancias eran otras.

Y la vida, casi otra.

El intercambio de palabras lastimaba cada vez más.

- Estoy tirada por ahí.
  
- Estás sentada en un sillón, en la galería, mirando las flores, mamá.

## PÁGINA VEINTE

Estaba leyendo *Historias de cronopios y de famas*.

En la página 20, escribió Cortázar:

“No hay tercera dimensión, la tierra es plana, el hombre reptante. ¡Aleluya! Quizá sea el diablo quien dice esas cosas, y quizá tú las crees porque te las dice un rey”.

No sabe si soñó, imaginó, alucinó o llevó a cabo.

Comenzó a caminar.

Quería llegar al borde de la tierra plana.

Y ahí, asomarse.

Para ver la verdadera verdad.

Caminó, caminó, caminó.

No llegaba.

No llegó.

Atravesó ciudades, campos y bosques.

Transitorias tareas rurales y urbanas le permitían un mínimo de dinero necesario para comer e higienizarse y dormir en algún lugar protegido.

Intercambió fragmentos de vida con muy malas personas.

Pero no reptaban.

Hacían cosas peores.

Los bosques le mostraron víboras.

Tal vez, menos peligrosas.

Participó por curiosidad de la coronación de un rey.

Millones de personas aclamaban.

¡Aleluya!

Las ropas que vestían lo convencieron de no estar en la antigüedad o el medioevo.

Un niño se perdió entre piernas adultas.

El entusiasmo monárquico de los padres tardó en darse cuenta.

Una señora que vendía salchichas se los alcanzó.

Cada tanto miraba para su puesto vacío.

No confiaba demasiado en quienes confiaban en reyes y reinas.

Cuando la mujer volvió a su sitio, compró, haciendo señas, una salchicha.

Hacía varias horas que no comía.

Así que quiso otra. Y otra.

Le alcanzaba el dinero.

Después vería.

No entendía el idioma de quienes alentaban.

O el criterio.

Las señas hubieran significado acuerdo o desacuerdo.

Mejor, quedarse quieto.

Siguió su marcha sin esperar al festejo de los tres días y que el rey hablara.

Pero la tierra seguía sin mostrarle el borde.

No sabía cuántos días habían pasado.

Tampoco cuántos kilómetros.

Por primera vez, después de tanto tiempo, en una vidriera vio un espejo.

Miró detenidamente.

Profundamente.

Se vio.

Y dentro de sí: tierra plana, una figura de dos dimensiones, un hombre reptando, una especie de sonriente diablito y un abominable y coronado ser.



## UN LÍDER Y UN OMBÚ

Ni los propios seguidores entendían el motivo de su popularidad.

Ni el physique du role ni el estilo de personalidad coincidían con los de un líder.

Sin embargo, lo era.

Cuando hablaba, quienes lo rodeaban lo escuchaban extasiados.

O, tal vez, sólo lo miraban.

Una virtud era evidente y reconocida.

Cuando daba una orden de acción, se ponía a la cabeza.

Tanto podía mandar a sus adláteres a dar una paliza a alguien como a hacer una obra de bien.

No estaba claro si tenía conocimiento de la diferencia.

Lo que era correcto era lo que se le ocurría.

Para eso, pensaba, la naturaleza lo había dotado de ocultas, pero inobjetables, cualidades.

Jamás dudaba de sus ideas.

Las gritaba, las comunicaba sin disimulo, las imponía con convencimiento y subordinación, las ejercía.

Se complacía con el efecto de miedo que suscitaba.

El mundo era un escenario.

Y él, un actor.

El sudor que padecía lo hacía sentir importante.

Según todos, incluso él, desprendía aroma y no olor.

Nunca enfrentó a los suyos con otras bandas.

Nunca se enfrentó con otros líderes.

Pensaba que en el mundo había siempre algún lugar para hacer.

El bien y el mal indiferenciados generaban la confusión que necesitaba para sobrevivir.

Aunque desconociera causa, consecuencia y diferencia.

“Sí señor” era lo que más le deleitaba escuchar.

Después de eso, la sonata para piano N° 16 en do mayor de Mozart.

De Mozart conocía eso y que se decía que era algo indisciplinado y enfermo.

Y que por eso había muerto prematuramente.

Sabía que él había nacido prematuro.

Su mamá afirmaba que no era un problema.

Pero él sospechaba que por eso siempre estaba apurado e impaciente.

No eran buenas condiciones para un líder.

Pero su capacidad de disimulo las superaba.

Se sentía por momentos un poco cansado.

Aun así, su necesidad de mando lo empujaba.

No avizoró el abismo.

Porque no estaba entre sus ideas.

Amparó su solitaria muerte un ombú, en alguna plaza,  
de algún lugar.

## **AFEITADOS**

Pintaron de blanco las paredes.

La casa heredada de la familia paterna era grande.

Una casa de antes de antes.

Las paredes eran muchas.

Los tres chicos, dos varones y una mujer, rodillo  
en mano, rodilla en piso y pies en escaleras  
hicieron su parte.

La mamá lustró los pisos de madera.

También muchos.

El papá se ocupó de las compras y de la preparación  
de los platos.

Le encantaba la cocina y más aún cuando se  
preparaban platos fríos adecuados al verano.

Los cinco estaban entusiasmados.

Era la primera vez que iban a ir visitas a cenar.

Lavaron, tendieron y plancharon manteles.

Dos de ellos, con las iniciales bordadas en dorado de la tía del papá, que había sido la custodia del relicario familiar.

A las nueve en punto de la noche llegarían las visitas y prontamente estarían deleitándose con el contenido de las bandejas.

Y buscando trabajosamente motivos de charla.

La curiosidad de los niños superaba la implícita en los juegos y competencias deportivas que siempre ofrecían alguna novedad impensada.

El entusiasmo, mezclado con cierta temerosa inquietud, perfumaba el aire del interior de la casa.

Diariamente, a las ocho de la noche se iban a dormir.

Hasta las seis de la mañana completaban las rigurosas y aconsejables diez horas de sueño en el momento más adecuado para el descanso.

Después, no paraban en todo el día.

Les habían quitado las fundas a los sillones.

Relucían como recién comprados en sus más de tres cuarto de siglo de existencia.

La madera y el estilo contaban acerca de sus edades.

Limpiaron los cuadros de las paredes.

Esos que contenían la imagen más linda de los muchos que formaron parte de esa familia.

Los chicos recibieron algunas instrucciones referidas al uso de los cubiertos, a los ritmos de una mesa y a otros temas generales de comportamiento.

La mamá tenía todo calculado.

A las once y media las visitas se retirarían muy bien atendidas,

Todos llevarían la vajilla utilizada a la cocina para que al día siguiente la lavaran, con esmero y cuidándola.

A las doce se acostarían.

El disfrute de las vacaciones de verano y el beneficio del aire acondicionado les permitirían dormir hasta las diez de la mañana.

Además, ese día, el día de las visitas, dormirían un rato de siesta.

Los preparativos y las conversaciones acumuladas se multiplicaban junto con la expectativa de una noche distinta.

Como siempre, se despertó primero, unos minutos nada más, el papá.

Muy dolorido de cuerpo, la madera del piso y el reloj de la pared le anunciaron las seis menos cinco de la mañana.

Confundido y entumecido, fue despertando de a uno, de mayor a menor; la mamá, en primer lugar.

Por primera vez, habían dormido los cinco juntos.

Juntos, en el piso de madera.

Nunca se enteraron si las visitas habían tocado el timbre a las nueve de la noche.

Les dio vergüenza llamarlos para preguntarles.

No ocurrió la primera vez de visitas a cenar.

Ocurrió otra primera vez.

Y el descubrimiento de un disfrute.

De varios.

## **INDESTRUCTIBLE**

Desde chico escuchaba las charlas.

Los acuerdos y desacuerdos.

De dos jóvenes estudiantes de los años setenta,  
devenidos profesionales comprometidos.

Pasaron por el Centro de Estudiantes de la Facultad  
de Filosofía y Letras.

Sintieron que se reproducían ahí violentas  
discusiones y arbitrarias tomas de decisiones,  
además de intervenciones que ellos consideraban  
divagantes acerca de la prioridad urbana o rural en  
términos de la Revolución.

No accedían a comprender (déficit que se  
autoadjudicaban) la importancia de que el primer  
paso fuera la Revolución Nacional o la Revolución  
Social.



Les parecía que la mayoría de los estudiantes de esa facultad privilegiada, en lo que tenía que ver con la participación política, quedaba al margen de las discusiones, de las asambleas y reuniones.

Esto se reflejaba al momento de las elecciones de Centro.

La participación era mínima.

Algunos estudiantes decían: "Yo vengo a la facultad a estudiar".

Tampoco eso prevalecía.

La mayoría estaba en un estatuto de no entender mucho, de sentirse acusados por los militantes y consignados como "sospechosos" por lo que iban a la facultad a estudiar.

El socialismo que propugnaban no encontraba lugar entre las agrupaciones y estaba, más bien, considerado un tibio, despreciable e inútil, aunque no enemigo, infantilismo pequeño burgués.

Ellos dos admiraban el proceso chileno y a Salvador Allende.

El 11 de septiembre de 1973 fue un día trágico.

Se sintieron más cómodos y mejor acogidos en la CTERA (Confederación de Trabajadores de la Educación de la República Argentina).

Incluso allí se hicieron de amigos.

Discutían, acordaban o no acordaban con Alfredo Bravo, el Secretario General.

El respeto era mutuo.

Allí conocieron personas grandes de edad.

Y grandes por trayectoria docente y gremial.

Entre esas personas, Alejandro Storni, el hijo de Alfonsina.

Un ser encantador. Con una historia tan particular. Tan amoroso con su historia y con su madre. Con su esposa, sus hijos y sus nietos.

La actitud pacífica de CTERA no les evitó palos de la policía y de personas no identificadas en el año 1975.

Tampoco, estar presos, en calidad de presos oficiales y legales, por cinco horas en un calabozo de una comisaría de la calle Avellaneda por estar llevando a cabo una reunión.

Así como a Alfredo Bravo no le evitó las brutales torturas en septiembre de 1977, con importantes secuelas de por vida.

Estas historias eran rememoradas continuamente delante del hijo único que tenían y adoraban.

Casi como un requisito educativo.

El hijo los escuchaba.

Admirado.

Aburrido, algunas veces.

Recordaba una charla que le llamó la atención y le interesó especialmente.

Los papás estaban hablando de Chile, de Salvador Allende, de la Unidad Popular y de la película "La culpa es de Fidel".

Recordaban algo que habían leído.

Un grupo de muchachos y muchachas de la Unidad Popular, cantando hermosas canciones acompañadas de instrumentos.

Sentados en el piso.

Contentos.

De pronto, un instante, como una ráfaga.

Un grupo de ultraderecha, jóvenes prácticamente rapados, con palos y vaya a saber qué más.

Rompieron guitarras, quenas, guitarrones chilenos, tambores y tamboriles y cabezas.

Rápidamente se esfumaron.

El papá dijo: "Eso es el fascismo, hijo. El fascismo es la destrucción de la belleza".

"Nooo", contestó la mamá y agregó: "el fascismo puede reprimir e, incluso, prohibir, la belleza. Pero no la puede destruir".

Siguió: "Como no puede destruir la ética. Ni la ideología. Ni el amor".

"Los que estaban menos lastimados o no lastimados, mientras ayudaban a los más lastimados, cantaban la canción de la Unidad Popular".

Y entonó; "Mil barreras habrá que romper".

El papá secaba lágrimas y, abarcando en su pensamiento a chilenos y argentinos, dijo: "Destruyó muchas vidas".

"Es cierto", con voz cálida y comprensiva dijo la mamá. Y luego, "pero no podo destruir la vida".

Miró al hijo. Y se emocionó.

Papá y mamá estaban de acuerdo con algunas medidas y propuestas del kirchnerismo.

Pero no con el kirchnerismo como tal.

Estaban muy enojados por las palabras de Néstor Kirchner del miércoles 24 de marzo de 2004 en el acto de firma del convenio del "Museo de la Memoria y Para la Promoción de los Derechos Humanos: "... como Presidente de la Nación Argentina vengo a pedir perdón por parte del Estado Nacional por la vergüenza de haber callado durante 20 años de democracia tantas atrocidades".

"Dónde estabas Néstor cuando en el gobierno de Alfonsín se ordenó y se llevó a cabo el Juicio a las Juntas", levantaba la voz el papá.

"Una verdadera falta de respeto", agregaba la mamá en tono más calmado.

Una falta de respeto a lo más digno de la humanidad.

"O no conoce la historia o el nivel de narcisismo - egocentrismo bate récords. Nadie con ese nivel de narcisismo puede propugnar con seriedad un proceso de cambio profundo".

Cada tanto, la mamá sacaba a relucir sus conocimientos y talento como psicóloga.

El padre, Profesor y Licenciado en Filosofía, era más cauto en eso.

Algo pasaba, o "les" pasaba con ese hijo que adoraban.

Era joven.

Y médico.

Vivía solo.

Con ayuda de ellos.

Le encantaba el cine.

Y la música.

Siempre había sido dormilón.

Era muy bueno.

Con ellos.

Y muy buena persona.

Parecía entenderlos cuando hablaban de política.

Y estar de acuerdo.

Pero ellos tenían la impresión de que no se emocionaba.

No se conmovía.

Lo contenía en su cabeza.

Pero no en su sangre.

La lectura de Spinoza, guiada por el padre, lo había advertido del carácter de tristeza y sumisión que acompañaba a los afectos y pasiones.

Mejor, más alegre, más útil y favorecedora de potencia para actuar, la guía de la razón.

Eso sí, había leído en la "Ética", y compartía, que "Es útil a los hombres, ante todo, asociarse entre ellos, y vincularse con los lazos que mejor contribuyen a que estén unidos, y, en general, hacer aquello que sirva para consolidar amistad" y que "Lo que engendra la concordia tiene que ver con la justicia, la equidad y la honestidad".

Los padres lo veían muy racional.

Y lo era.

No podían imaginarlo en una manifestación gritona y sudorosa de las que habían participado.

Y también era cierto que eso los tranquilizaba.

No estaba en riesgo.

Como sí lo habían estado ellos.

No les presentaba novia ni novio.

Guardaba su intimidad bajo llaves.

Contaba algunas cosas "contables".

Inútil que le preguntaran acerca de otras.

No contestaba ni dejaba de contestar.

Rara habilidad para decir sin decir.

Cuando llegaban elecciones, los papás afirmaban que había que dejar testimonio de lo uno pensaba.

Aunque no fuera a tener incidencia en los números con tendencia ganadora.



Él decía que iba a fijarse bien alguien que le pareciera buena persona y que dijera la verdad de lo que pensaba.

Transcurrían los días.

Podía decirse que eran felices.

Él, cariñoso con ellos.

Ellos, orgullosos de él.

Una mañana, barbijo puesto, golpeó fuertemente la puerta de la casa de los padres.

Sobresaltados, ambos fueron para abrir.

Se hundió en los pechos y brazos de ellos, entre risas y llorando mucho.

Le besaban la cara mojada.

Cuando pudo hablar, dijo que esa noche se habían recuperado increíblemente dos personas enfermas de covid.

## CERBATANA

Los tres chicos hablaban entre sí.

Protestaban.

No les habían dicho adónde iban a ir.

El papá se ponía nervioso.

Los miraba con cara de malo.

Pero ellos no lo miraban a él.

El padre murmuraba enojado en voz baja.

También en voz baja la madre de los chicos le decía que ella le había dicho que eran tres varones y eso no les iba a gustar.

El padre decía que tenían que aprender a respetar lo que querían las otras personas.

La madre le dijo, entonces, que en la cena del día anterior habían comido polenta con queso que no les gustaba porque él había querido.

Mientras tanto, los chicos se movían de un lugar a otro.

A veces, el padre los veía y a veces, no.

La madre se concentraba en lo que sucedía delante de ellos.

Finalmente, era responsabilidad del padre que los chicos estuvieran ahí.

Algunas personas empezaron a tocarse la nuca.

Una rara comezón parecía haber invadido a muchos de los presentes.

El padre vio al mayor con una cerbatana y entendió el origen de la extraña y repentina comezón.

Mientras se rascaban, los agredidos miraban para los costados.

Sólo algún paranoico podía pensar que eso era algo urdido por alguien.

Un olor nauseabundo de pronto inundó el aire del lugar.

Nauseabundo e irreconocible.

El padre miraba para los costados como suponiendo que de un momento a otro llegaría la policía.

Por suerte, nadie podía usar el teléfono celular.

Se aterrorizó cuando uno de los presentes salió del lugar.

No se imaginó que lo hacía para poder respirar aire limpio.

Limpio o contaminado, pero sin ese olor insoportable.

No sabía el padre que el menor había llevado la radio portátil.

Tampoco supo cuál de los tres era el ingeniero en esa situación.

Vio y oyó al del medio encenderla a todo volumen.

La madre, impasible, parecía satisfecha de haber tenido razón.

El pedrazo hizo estruendo.

Pero no rompió el vidrio muy grueso que daba al exterior.

Todos se sorprendieron de repente ante un estruendoso aplauso y "bravos" de tres niños.

Fue cuando el Sacerdote levantó el cáliz.

## CUADERNO DE COMUNICACIÓN

Papá y mamá de Aníbal:

Les  
solicitamos tengan a bien pasar en la semana próxima cualquier día a las 8 de la mañana porque es necesario que conversemos acerca de Aníbal.

Habían planificado un fin de semana entretenido.

Aníbal y Cecilia querían ir el sábado a la mañana al "circuito cerrado" para dar vueltas en bicicleta.

Era una actividad de los chicos que les permitía a los padres sentarse en una mesita, tomar mate y charlar.

Prepararon sándwiches para el almuerzo.

En el "circuito" comprarían gaseosas.

Ya en casa, los papás dormirían un rato la siesta.

Los chicos mirarían televisión y jugarían con sus teléfonos celulares.

A la hora de la merienda vendría la amiga de la infancia de la mamá con marido y las dos hijas, de edades similares a Cecilia y Aníbal.

Aníbal a veces se aburría un poco.

Pero las chicas adaptaban sus juegos como para habilitar la participación de Aníbal.

Les gustaba estar juntos.

Como siempre, se dilataría la charla y a la hora de cenar pedirían pizzas con empanadas, dividiendo los gastos.

Al día siguiente, domingo, después de ir a misa, donde los chicos se encontraban con otros, subirían al auto viejo pero resistente para ir a la casa de la abuela materna.

Almorzaban, merendaban y cenaban entre risas, primos y bromas de los tíos.

Las discusiones políticas de los grandes nunca pasaban a mayores.

Pero... esa nota, citándolos.

Citando a los padres de Aníbal.

Ahora, los maestros no ponían "Señores Padres".

La nota era un poco más descontracturada.

De todos modos, el contenido preocupaba a padres y a Aníbal.

A Cecilia, no tanto.

Revisaron lo ocurrido en los últimos días.

El cuaderno de clase estaba completo.

No había tareas no hechas.

Tampoco mal calificadas.

No había un acto escolar próximo que justificara la citación.

La mamá y el papá con medios más directos, enojosos o no, o más indirectos intentaban averiguar con Aníbal si algo había sucedido, si se había "portado mal", o... algo.

Aníbal, más bien, se sentía interrogado.

Los padres hablaban entre ellos para intentar dilucidar "algo distinto" que hubiera pasado.

No creían que el resfrío que la mamá del papá había pasado en cama fuera un motivo de afectación para Aníbal, tal que hubiera producido un cambio en su conducta.

La nota de citación atravesó el fin de semana.

La programación entusiasmada había cambiado de color.

Había sol, cielo celeste sin nubes, típico día del otoño porteño.

Pero... ese gris que tapa todo...

Hasta llegaron a pensar qué pasaría si tenían que cambiarlo de escuela.

Recorrieron disimuladamente con los chicos tres o cuatro escuelas cercanas.

Obviamente, sólo pudieron mirarlas por afuera.

Tantas cosas se veían por televisión acerca de chicos que parecían buenos y... de pronto...

Miraban a Aníbal y les parecía que estaba como siempre.

Aníbal oscilaba entre disimular el susto y olvidarlo.



Los papás pensaron en llamar al pediatra.

Pero no les pareció oportuno molestarlo el fin de semana.

Se iba a prolongar la expectativa angustiada.

Ninguno de los dos podía ausentarse del trabajo el lunes ni llegar un poco más tarde.

Sí podían hacerlo el martes.

Y así fue.

Los tranquilizó en principio la sonrisa de bienvenida de la maestra.

La mamá lagrimeó y el papá con voz pretendidamente firme dijo "sí, por supuesto", cuando la maestra les preguntó si ellos autorizaban que Aníbal se sentara al lado de un compañerito que había entrado hacía dos semanas para ayudarlo con las actividades.

## ¿FOLLIE A DEUX?

Pedro y Saúl estaban recostados sobre la persiana de metal de la tienda "Caramelo", cerrada por vacaciones durante quince días de febrero.

Inducía a error su nombre. Era una tienda de ropa.

Ubicada al 1700 de la avenida que partía el barrio en dos, su numeración "1750" señalaba su ubicación.

Justito a mitad de cuadra.

Ese hecho y el escaloncito de ideal altura con el que contaba para la entrada hacían del local un lugar perfecto para que dos aburridos por vacaciones, sin posibilidad de viajar a otros lugares, se desparramaran al promediar la tarde apoyando espalda y cabeza contra la cortina gris metálico.

Dada la hora, decidieron ir a visitar a Germán que, seguramente, a esa hora ya estaría en su casa, de vuelta del trabajo.

Germán había tenido sus vacaciones en enero y con su tío soltero habían pasado algunos días en Mar del Plata.

Gentileza del tío.

O gentileza de Germán, porque al tío no le gustaba ir solo.

Lo podía la timidez.

Había bajado un poco el calor.

Decidieron ir caminando.

Eran cincuenta y dos cuadras.

Tanto conocían los lugares por los que pasaban que no los miraban.

Cuando habían caminado alrededor de cincuenta y dos minutos, y sin entender una jota, se encontraron en el punto de partida, la tienda cerrada "caramelos".

Ninguno de los dos había tomado alcohol y sabido era que no consumían otras sustancias.

Era muy raro.

Era como si hubieran dado una larga vuelta manzana.

Pero no recordaban haber doblado cuatro veces a la derecha.

A la izquierda imposible porque deberían haber cruzado la avenida.

Y eso, estaban seguros, no había sucedido.

Muy desconcertados, comenzaron a urdir hipótesis y estrategias.

Resolvieron que Saúl caminaría treinta y siete cuadras hacia el norte (como yendo para la casa de Germán) y Pedro treinta y siete en sentido sur.

Emprendieron sus respectivas marchas.

Entre distraídos respecto del paisaje, curiosos y expectantes.

Al llegar cada uno a la cuadra treinta y siete, sintieron chocar sus espaldas en la vereda de la tienda "Caramelo".

Recíprocamente, se pellizcaron y se reconocieron despiertos.

Como desde hacía más de veinticuatro años, discutieron.

Esta vez, respecto de quién había pellizcado más fuerte a quién.

No se resignaban a no entender y no poder.

Desde que Raúl ocupaba el lateral derecho y Saúl, zurdo, el izquierdo en el equipo de fútbol de camisetas verdes y celestes, no les gustaba perder.

Más de una vez habían tenido que marchar a los vestuarios antes de tiempo, por exceso de vehemencia.

Respetando la estrategia, resolvieron modificar la táctica.

Cada uno caminaría treinta y siete cuadras

Al revés.

Saúl caminaría en sentido sur y Pedro lo haría en sentido norte.

Emprendieron sus respectivos caminos.

A los veintisiete minutos, sintieron chocar sus espaldas en la vereda de la tienda "Caramelo".

Se dieron vuelta.

Y se miraron consternados.

Saúl recordó lo que habían aprendido en el CBC de kinesiología.

A ambos les faltaba muy poco para terminar.

Estudiaban siempre juntos.

Entre libros, cigarrillos, café, cargadas, risas, discusiones o peleas, historias de noviazgos frustrados, futuro...

No podían modificarse dos variables al mismo tiempo en una segunda experiencia.

Una por vez.

Entonces, Saúl caminó en sentido norte y Pedro, en sentido sur.

A los veintisiete minutos, sintieron chocar sus espaldas en la vereda de la tienda "Caramelo".

Probaron la otra combinatoria.

Entonces Saúl caminó cincuenta y dos minutos en sentido norte y Pedro, treinta y siete cuadras en sentido sur.

A los treinta y siete minutos, aproximadamente, sintieron chocar sus espaldas en la vereda de la tienda "Caramelo".

Decidieron que cada uno caminaría nuevamente, y en el mismo sentido, cada uno las veintisiete cuadras

con una moneda en la mano y entonces apoyarían la moneda en el suelo.

A los treinta y siete minutos, aproximadamente, sintieron chocar sus espaldas en la vereda de la tienda "Caramelo".

No tenían las monedas que, sin duda, habían quedado apoyadas en las veredas donde las habían dejado.

Claramente, la cosa era con ellos.

Sacaron el candado a las bicicletas y resolvieron andar treinta y cinco cuadras cada uno sin tomar en consideración los aportes del método científico.

Porque, obviamente, no se trataba de eso.

Saúl iría el Sur y Pedro hacia el norte,

Al ratito, sintieron chocar sus espaldas en la vereda de la tienda "Caramelo".

¿Las bicicletas? ¿Habrían quedado tiradas a treinta y cinco cuadras cada una o habrían seguido andando?

Muy cansados, se sentaron en el escalón de la tienda cerrada y apoyaron sus espaldas en la persiana metálica.

El calor algo disminuido por la noche de febrero y el cansancio se unieron para hacer que se durmieran.

A la mañana, sobresaltados, se despertaron confusos por las pataditas suaves de Germán que quería despertarlos y moverlos del escalón de entrada a la casa, porque tenía que ir a trabajar.

### **MEJORES AMIGOS**

Caminó hacia la casa de Matías.

Iba imaginando el pedido de disculpas.

El diálogo.

No encajaba por ningún lado.

Volvió.

No entendía cómo podía haberlo hecho.

Eran mejores amigos desde chicos.

Cursaron juntos la primaria y la secundaria.

Sólo en el último año de secundaria no se sentaron juntos.



Decían: "para irnos acostumbrando".

Él estudiaba Ciencias de la Comunicación.

En UBA.

Matías, Ingeniería Hidráulica.

En la Plata.

Matías iba y venía.

A veces, se quedaba a dormir en La Plata.

Otras, volvía.

Los fines de semana, estaba en su casa.

Ese día era sábado.

Se sentó a pensar en un banquito que se formaba en el umbral de un negocio de la cuadra donde vivía.

Un banquito disputado por varias barras.

Pero las diez de la mañana del sábado era muy tarde para la noche.

Y muy temprano para la mañana.

Así que estaba vacío.

No podía conjugar una idea.

No sabía cómo y mucho menos por qué lo había hecho.

El principio de confidencialidad era inexcusable entre ellos.

Desde siempre.

Lo que se hablaba entre ellos, ahí quedaba.

Él, supuesto conocedor de la comunicación, lo había transgredido.

Se sorprendió a sí mismo hablando ante otras dos personas de algo que le había confiado Matías.

Los otros dos eran amigos - conocidos.

No amigos - amigos.

Lo que Matías le había contado tenía que ver con una desilusión amorosa.

Nada menos.

Uno de los amigos - conocidos había dicho: "Che, vieron que Matías está saliendo con Cecilia. Linda pareja hacen".

Y ahí, y entonces, y de pronto, se vio aclarando los tantos.

No sólo dijo que ya no estaban saliendo.

Habló también de la vivencia y del estado de ánimo de Matías.

Muy discretos, los dos amigos - conocidos sólo dijeron, uno "Ah" y otro "Qué macana".

Qué hicieron después con esa información, a esa altura clandestina...

Chi lo sa

Ese día volvió a su casa.

Habían estado en una esquina.

Los cuatro vivían bastante cerca.

Inmediatamente llamó a Matías para decirle lo que había hecho.

Con toda la razón, Matías se enojó.

Poco dijo.

Poco dijeron.

En segundos, cortaron.

No habían vuelto a hablar en tres semanas y dos días.

Tantas cosas pensó en ese tiempo.

En ninguna encontraba una disculpa o una justificación.

Lo atormentaba lo que sentía como su traición.

Y le preocupaba su mejor amigo.

Su estado de ánimo.

No estar acompañándolo en un momento doloroso de ruptura de ilusión.

Y sus dos decepciones.

Volvió a iniciar la caminata hacia la casa de Matías.

Esta vez abandonó a la tercera cuadra.

El umbral en forma de banquito seguía desocupado.

Ya no podía pensar nada.

Sólo estaba abrumado.

Y con deseos de abandonar y dormir.

Se repente, se paró.

Pensó que su temor era egoísmo.

Sin saber qué iba a decir, echó a andar.

Superó la marca.

Había caminado siete cuadas.

A mitad de la octava, de un negoció salió Matías.

Quedaron casi cara a cara.

Se fundieron en un interminable abrazo.

Él, Reinaldo, mojó un poco la remera de su mejor amigo.

## CUENTOS

No tenía recuerdos de su mamá.

Aunque un sabor dulce en los labios la acompañó a vivir.

Cuando tenía un año, su mamá y su hermanita habían fallecido en el parto de su mamá.

El mismo establo y el montón de paja que habían acogido su nacimiento contuvieron la muerte de ambas.

No supo dónde las habían enterrado.

Si es que eso era lo que habían hecho.

Lo preguntó cunado tenía ocho años.

La respuesta fue una mirada fría.

El mismo muchacho de veinte algo, hijo de los patronos, que rara vez estaban, era su padre y el de su hermana.

Nunca supo si su mamá estaba enamorada o era sistemáticamente violentada.

Esa persona nunca le habló.

No la saludaba, no la miraba.

Una de las cocineras se lo contó cuando tenía seis años.

Le dijo algunas cosas lindas de su mamá.

Y también que era una "tonta" que creía mentiras.

El gineceo fue su lugar de crianza.

Cocina, sala de costura, limpieza de pisos, paredes, ventanas, baños.

La sala de costuras era su preferida.

Y el lugar donde mejor lucían sus habilidades.

Nunca pronunció para llamar a alguien la palabra "mamá".

Sólo para preguntar por ella.

Quien decía que era su padre se casó cuando ella tenía diez años.

Siguió a cargo del campo.

Con idas y vueltas a la Capital a ver a sus padres y a formalizar negocios.

Sus medio hermanos iban a la escuela rural a la mañana.

Por las tardes, tenían todas clases de instructores que profundizaban los débiles conocimientos que impartía la escuela.

Y les enseñaban a tocar el piano y el violín.

Con el tiempo, fueron seis.

Ella, Ramira, trataba de escuchar los cuentos que les contaban.

Detrás de la puerta.

Sin que la vieran.

Escuchaba bajito y de a pedacitos.

Rellenaba los espacios libres con imaginación.



Los chicos no tenían permitido jugar con ella.

Era la única niña del gineceo.

Mirándolos de lejos aprendía juegos de niños.

Ellos no sabían que ella era su media hermana.

Era simplemente Ramira,

La de "la cocina".

Aunque ella lo sabía, jamás se los diría.

Muy especialmente, porque tenía miedo a las consecuencias.

Nunca fue a la escuela.

No pudo aprender a leer y escribir, que era lo que más deseaba.

Por imperio de la necesidad, aprendió a sumar y restar "en el aire" números no muy grandes.

La echaron de la casa cuando quedó embarazada a los veinte años.

Ella, sin duda, estaba enamorada de Ramón, joven y simpático peón.

Experto en montar caballos.

Ramón no estaba dispuesto a interrumpir su juventud y un futuro que él pensaba como promisorio.

Ramira nunca dijo que su hijo era de Ramón.

Esta vez no fue por miedo.

Fue por amor.

Con el dinero del último sueldo, viajó embarazada hasta la ciudad.

Un viaje de cuatro horas y media.

Cuando llegó, compró un diario.

Le habían hablado alguna vez de los "avisos clasificados".

A la misma persona que le compró el diario, le pidió que se los leyera.

Le dijo que no sabía leer.

Pero trabajos había muchos en esa época.

Preguntando y preguntando, llegó a una casa vieja que parecía muy linda.

Hacía frío.

Salió una señora de unos sesenta años (después supo que tenía sesenta y seis), cubierta su cara con una bufanda.

Ramira le dijo que venía por el aviso.

Conversaron poco rato.

La señora tenía sus hijos y nietos en Europa.

Parecía entusiasmada con Ramira y su embarazo.

Transcurrieron años de tranquilidad.

Los hijos y nietos de Rosalía, así se llamaba la señora, venían alguna vez cada varios años.

Rosalía había aprendido a extrañarlos sin esperarlos.

El nacimiento de Amparito fue una alegría desbordante para Ramira y una alegría serena y profunda para Rosalía.

Amparito las amaba.

Y las pensaba siempre juntas.

Hubo que explicarle que Rosalía no era su abuela.

Rosalía misma participó de la explicación porque consideraba que los niños tenían que saber la verdad.

Pero se negó a no seguir siendo llamada "abuela".

Pasaron allí veinticinco cálidos años.

Amparito completó su Profesorado en Historia en el Instituto Joaquín V. González.

Allí conoció a quien sería su marido, que egresó como Profesor de Ciencias de la Educación.

Se casaron.

En la mesa central, Ramira, Rosalía y los padres de Héctor, el ahora marido de Amparito.

Se dieron los hechos casi en simultáneo.

O para enturbiar la felicidad por uno.

O para mitigar el dolor por el otro.

Tres años después de casados Amparito y Héctor, falleció Rosalía y quedó embarazada Amparito.

Héctor y Amparito pensaron que Ramira fuera a vivir con ellos.

No sin oponer tibia resistencia, Ramira aceptó.

Le dijeron que iba a ser de gran ayuda.

Y ella les dijo que quería aprender a leer y escribir.

Se encargó Héctor.

Se divertían y aprendían.

Amparito los vigilaba un poco.

Tanto en el transcurso como en los resultados.

Sabía de la permisividad pedagógicamente fundamentada de su marido.

Marianita nació para delirio de los tres.

Pensaron cómo le hubiera gustado a Rosalía conocerla.

Era una nena muy graciosa.

Una tarde, Amparito y Héctor veían a Ramira en su cuarto tratando de memorizar una página que parecía escrita a mano.

A la noche, Ramira acostó a Marianita.

Y la escucharon decir: "había una veeezz..."

Amparito lagrimeó y abrazó a Héctor.

Ramira contaba a su nieta el cuento que escribió para ella.

A la mañana siguiente, Amparito abrazó a su mamá y le dijo que cuántas veces le había dicho que "había" se escribía con hache y be larga.

Se rieron.

Ramira estaba segura.

El sabor dulce de sus labios había guiado su vida.

## LEJANAS HISTORIAS CERCANAS

Recordó el primer reto.

O era el primer reto que recordaba.

Se asustó mucho.

Por el tono, el grito, la amenaza.

No viene al caso recordar la amenaza.

A esta altura, es vergonzante.

Siguieron otros.

Muchos.

Eran admoniciones con insultos.

Nunca entendió los motivos.

Pero aceptó los retos.

Advertencias, intimidaciones, agravios.

Cualquiera podía ser el desencadenante.

Imposible anticiparlo, para evitarlo.

Agresivas descargas de furia.

Lejanas historias cercanas.

De violencias concentradas y descargadas sobre un cuerpo vulnerable.

Y pequeño.

Y vulnerado.

Ya no tan pequeño, el cuerpo empezó a odiar.

Y a tener asco.

A desear y temer la muerte del verdugo sin causa.

A temer, por costumbre.

A desear, por impotencia.

Más crecido, el cuerpo ya no deseó ni temió la muerte.

Lo ganó el más profundo desprecio.



Y un incuestionable reproche.

No le guardó ni rencor ni conmiseración.

Lo recordó como un muñeco desmembrado y mentiroso.

Tramposo y asustado.

Castigador y castigado.

Siempre estuvo convencido de que el presente otorga sentido y define el pasado.

El presente infeliz construye un pasado terrible.

El presente feliz otorga sentido propicio al pasado, aun feroz.

Un presente, el suyo, sereno, amoroso, creativo y reparado agradeció el pasado de espanto, horror y crueldad.

## IMAGINACIÓN ESCRITA EN PASADO

Ese barrio suburbano tenía todas sus calles asfaltadas.

Usaban una de ellas, con poco tránsito, para jugar al fútbol, a la "pelo", en realidad.

El grito de "auto, auto" hacía detener el partido y retener la pelota grande de goma al que la tenía en su posesión en ese momento.

Desde ahí mismo se continuaba el partido como si no hubiera pasado el auto que había pasado.

Algunos conductores de los autos, con mayor o menor empeño y énfasis les aconsejaban (o advertían) no jugar en la calle.

Otros, les sonreían con simpatía y los saludaban con la mano semilevantada.

La mayoría seguía de largo sin mirarlos.

En la vida, pensarían muchos, había padres muy irresponsables.

Habitualmente, Enrique jugaba de defensor.

Y Norberto de mediocampista.

Enrique se desplomaba en el piso si era necesario para evitar un avance del equipo contrario.

Infatigable defensor.

Norberto pensaba que Enrique tenía que ser abogado.

Obviamente, abogado defensor.

Porque, además, tenía "parla".

Norberto era un mediocampista fino.

Todo un artista.

Sin exagerados esfuerzos.

Ya entonces solían decirle: "Dale, vago, corre".

No se alteraba.

Seguía con sus piernas en danza.

Cuando tuvieron once años, Norberto y Enrique se llevaban dos meses de diferencia, les facilitaron jugar en la cancha de cemento de un clubcito del barrio.

Era una cancha de seis contra seis.

Ellos la transformaban de hecho en una de siete contra siete.

Jugaban entonces con "la cinco" de cuero.

Tres pibes tenían.

Así que estaba asegurada.

Después de jugar, había que engrasarla.

Norberto y Enrique nunca durmieron uno en la casa del otro.

La fiesta de estar juntos terminaba después de cenar y jugar un rato al metegol, en la casa de uno o de otro.

Tampoco nunca se bañaron juntos.

La mamá de Enrique tenía ojo avizor y desconfiaba de algunas miradas y gestos de Norberto.

Más que dirigidos a su hijo, tenían por centro a otros chicos.

El papá de Enrique, empleado municipal que se enorgullecía porque su esposa no tenía que trabajar, insistía a la mamá que vigilara la cuestión.

Decía que el pibe, el hijo, iba a entrar en la edad de la ebullición en la que cualquier cosa viene bien.

Y que después no había cómo sacarse de encima a los raritos que tenían esas costumbres.

Para afianzar la virilidad, lo anotó en boxeo.

Los dos hermanos mayores, bastante mayores, varones, apoyaban al padre y se turnaban para llevar al "pendejo" a las clases de boxeo.

Siempre contándole aventuras con mujeres.

Norberto estaba tan enterado de lo que le pasaba como que su amistad con Enrique era sagrada.

Tardó varios años en dar un primer beso, otros tantos en declarar un primer amor y algunos más en ir a la cama con alguien.

Se separaron bastante en la adolescencia.

Iban a distintas escuelas.

Enrique, excelente alumno, futbolista y boxeador, era una especie de líder para satisfacción del papá y hermanos.

Y para orgullo disimulado de su mamá.

Norberto padeció en el secundario.

Aunque era buen jugador de fútbol.

Evitaba el vestuario de antes y después del partido para no escuchar lo que le dirían y no soportar lo que le harían.

En contra de inamovibles principios, lo ponían en el equipo porque no había otro "5" tan bueno como él.

Fue un gran alivio para su vida ingresar a la facultad para estudiar sociología.

Enrique decidió estudiar física.

Para disgusto de su papá y hermanos que no entendían el capricho del pendejo.

Ingeniería era casi lo mismo.

Se trabaja y ganaba más.

Y, aunque no lo dijeran, sonaba más masculina.

Muchos años no se vieron.

La hermana dos años menor de Norberto, que lo amaba por sobre todas las cosas, había hecho desde chica las gestiones necesarias y suficientes ante los padres para que aceptaran a Norberto.

Con el objetivo ampliamente cumplido.

Enrique trabajaba en el CONICET y en la facultad.

No ponía ahí en juego sus dotes de defensor, pero le encantaba.

Tenía la oportunidad de viajar a veces.

Tuvo algunos noviazgos.

Anodinos.

Presentaba las novias en la casa.

Los padres se encariñaban y los hermanos, que parecían fotocopiados, ya casados, con esposas que parecían fotocopiadas, decían; "buena piba".

Nunca duraban mucho.

Un año y medio fue el máximo.

Cada separación producía alivio en Enrique.

La física era más importante.

Y la docencia, una pasión.

Norberto formaba parte de un grupo de investigación y docencia independiente.

Presentaban trabajos en congresos.

Y daban cursos y seminarios.

Fueron tomando prestigio y pudieron ir dejando sus trabajos administrativos, comerciales, como telefonistas para pasar a sostenerse con lo que hacían profesionalmente.

Ese año Norberto había cumplido treinta y siete años.

Entre los mensajes que chequeó a la noche, había uno desde un número que no conocía.

El celular le traía el nombre de Enrique y una propuesta de encuentro.



Acordaron día, hora y lugar, después de algunos intercambios formales enmarcados en "qué estás haciendo".

Se encontraron en un bar de Palermo...algo.

Por rutina, pidieron café.

Antes del primer sorbo, Enrique lo miró a los ojos.

Con voz temblorosa le dijo: "siempre te amé".

Norberto escuchó sorprendido.

Electrificado, paralizado.

Asustado.

Siguieron idas y vueltas dialogales.

En el tercer encuentro, las manos inauguraron los encuentros de los cuerpos.

Enrique tenía cuatro sobrinos varones.

A los que veía tan poco como a sus hermanos y sus padres.

Norberto tenía dos sobrinas.

Las amaba y lo amaban.

Ahora, Ernesto y Norberto tienen setenta años.

La física y la sociología inundan las mesas de la casa.

Martín tiene la llave de la casa.

Da dos golpecitos para que sepan que es él y entra.

Ese día, también.

Ellos estaban en una de las mesas.

Tomaban mate amargo.

Vieron entrando a Martín y Constanza, su esposa.

Traían cosas en la mano como para quedarse a almorzar de sorpresa, después de la hora y cuarto de auto.

Martín desarrollaba en un lugar un tanto alejado un emprendimiento hermoso vinculado a su profesión de ingeniero agrónomo.

En el centro de esa localidad, Constanza trabajaba en una escuela y tres veces por semana atendía su gabinete de psicopedagogía.

Delante de ellos, Luisito, de tres años, corría con los brazos abiertos al semigrito de: "¡Abueeeelos!".

### **¿CÓMO SABE LA TÍA?**

¿Cómo sabía la tía que mamá y papá se habían enredado en una charla o discusión sobre cuestiones de la casa y del dinero?

Yo, asustado, porque creía que se peleaban.

Me metí en la habitación.

Pero sin llorar.

Y apareció ella, sonriente.

Algo les dijo a mamá y papá que los tranquilizó.

Después, nos propuso a mi hermana y a mí juegos y ritmos.

Se fue después de cenar.

¿Cómo sabía la tía que mamá y papá tenían ese día mucho trabajo en casa?

Yo, aburrido, miraba tele.

Los videos eran lindos para un rato.

Mi hermana, también se aburría.

Sonó un celular.

Y al rato pasó la tía para que fuéramos a pasear.

Hicimos varias cosas y dejamos otras para otro día.

¿Cómo sabía la tía que no me había ido bien en la prueba?

Pasó por casa y me dijo que fuéramos a merendar.

Las medialunas matizadas por la voz de la tía me convencieron de que no era tan grave no aprobar una prueba.

No iba a repetir cuarto grado por eso.

Tampoco, según ella, era tan grave repetir un grado.

Y también me convencieron de contarles cuanto antes a mamá y papá para sacarme el problema de encima.

Sólo por eso.

No porque estuviera taaaan maaal no decir y ocultar algo que a uno le pasa.

¿Cómo supo la tía, ese día, que yo estaba muy enojado?

No me acuerdo el motivo, pero seguro que tenía razón.

Apareció de golpe en casa con un gorro y una nariz de payaso.

Mi hermana se descomponía de la risa y a mí, aunque yo no quería, se me pasó el enojo.

¿Cómo sabía la tía que yo estaba muy angustiado el otro día a la mañana?

Me escribió un mensaje.

No sé cómo se me pasó la angustia.

Le reproché a mi mamá, pero ella me aseguró que no la había llamado.

Le creí porque mi mamá no me miente.

Ayer yo estaba en un cumpleaños.

Mi mamá y mi papá, trabajando.

Mi hermana, en lo de mi tía.

Nuestra.

Mía.

Me vinieron a buscar las dos al cumpleaños.

Fuimos a tomar un helado.

Mi hermana le dijo que me contara el cuento que le había contado.

La tía le dijo que después me lo contara ella.

A la noche, mi hermana me dijo que el cuento de la tía tenía un "colorín colorado" un poco raro.

La miré intranquilo.

Dijo mi hermana: ¿Sabés cómo es el "colorían colorado"?

La miraba curioso.

Intrigado.

Pero no sabía si quería saberlo.

Quise.

Habló mi hermana.

Acerca del "colorín colorado" del cuento de la tía.

Como se acordaba.

Tal vez, modificando un poco las palabras, aunque tiene mucha memoria.

Lo mismo que yo.

Yo un poco más porque soy más grande.

Mi hermana decía "e, e, e"

Por fin, armó la frase, seguramente igual o muy parecida a la que había dicho la tía: "Que cuando vos querés mucho a alguien que te quiere mucho, si escuchás para adentro tuyo, vas a oír cuando te llama".

## UN POCO RARO

Ahora es grande.

Tiene treinta años.

Vive solo.

Trabaja de lo que estudió en la facultad.

Está empezando.

Tiene un amigo de veinte años.

Un muchachito que acaba de ingresar a Ingeniería después de haber aprobado el CBC.

Se encuentran a veces en un bar y toman café.

Hablan mucho, se ríen mucho.

Y por momentos parecen emocionarse.

Como si recordaran algo.

De chico era un poco raro.



O eso decían de él, los partidarios de la vida normal.

Formalmente, inobjetable.

Buen alumno.

Se llevaba bien con sus compañeros y jugaba en el recreo.

Integraba el equipo de fútbol.

Iba a casa de sus amigos que también iban a la suya.

Una rara costumbre.

Había pedido que pintaran su bicicleta color borravino.

Raro.

Y así la llamaba, "la borravino".

Los otros chicos, en general, no conocían esa palabra.

Todos los días, todos, salvo cuando un diluvio ponía en alerta a su mamá, salía y andaba solo en la bicicleta.

Tenía que ser solo, para disgusto del papá.

Estaba bastante rato fuera de casa.

Muchas veces llegaba hasta el arroyo.

Mientras andaba, pensaba.

Imaginaba situaciones.

Había visto fotos de tranvías.

Un día se imaginaba tranviario.

Otro día colectorero.

Otro, camionero.

Otro, manejaba una ambulancia.

Otro, era detective.

Y así.

Algunas veces se le venían canciones a la cabeza.

O conversaciones imaginarias.

Pensaba que el mundo estaba muy loco y que algo había que hacer para curarlo.

Y, tan secretamente como todo eso, estaba convencido de que tenía una misión.

Así, fue durante los últimos tres grados de la escuela primaria.

“La borravino” formaría parte de la misión.

Incipientes cambios en el cuerpo no se trasladaron a una modificación de las costumbres.

Algo le decía que había tiempo para todo.

Y no tenía urgencias.

Se deslizaba en la vida como en la bicicleta.

Ritmo continuado.

Calmo.

Sereno.

Expectante.

Los padres creyeron enloquecer cuando la policía golpeó en la puerta de la casa para que fueran al hospital de la zona.

Muy poco expresivos, como si nada supieran, no dijeron nada más.

El autito pequeño y ya muy usado respondió a la demanda y fue lo más rápido posible.

La mamá lloraba desesperada.

El papá callaba sofocado.

Atravesaron corriendo la entrada.

Se dirigían a la mesa de informes.

Sus cuerpos no cabían en sus cuerpos.

Cuando estaban por preguntar, vieron a la derecha, en el pasillo, al papá del nene de dos años que, llorando de emoción, abrazaba a ese chico más grande que, después de sacar del arroyo a su pequeño, lo condujo velozmente al hospital.

En "la borravino".

## AMADOS DISPARATES

Según dice, le ganó a todos los súper héroes.

Y a todos los súper malos.

También le ganó un "partidito" a Messi seis a uno.

Se lo había encontrado en un pic nic.

Dice que le dejó hacer un gol para que no pasara tanta vergüenza.

Me revolea por el aire.

Me parece que desde que soy chiquito, pero no tanto.

También me enseña malas palabras, a hablar en mexicano y a eructar.

Mi mamá y mi papá lo retan, pero no hace caso.

Por suerte.

Como estudia psicología, siempre tiene argumentos.

Mi hermana lo quiere tanto como le dice que lo odia, para pelearlo.

Se parecen un poco.

En la familia se cree que porque son de Aries.

Menos mi papá.

Yo no sé de los signos del zodiaco.

Pero si existen, su signo debe ser complementario al mío.

Siempre tengo ganas de verlo.

Y de jugar.

En la casa, me da todos los gustos.

Y comemos lo que yo quiero siempre.

Nunca se le terminan las ideas.

Según dicen, de chico jugaba un montón.

Y era muy imaginativo.

Ahora, también.

Inventa cosas.

No me las creo tanto como antes.

Pero a veces me hace dudar.

Agarró una zapatilla como teléfono el otro día.

Y dijo, así, de la nada: "Roberto, ¿cómo que hizo caca en la cocina?"

¿Quién sería Roberto?

¿Y quién hizo caca?

Mi hermana y yo nos destornillábamos de la risa.

Él, serio.

Como si hubiera hablado realmente por la zapatilla.

No está loco.

Juega.

Un poco loco.

También por suerte.

Le encanta el cine.

Y a mí, ir con él.

Comemos muchos pochoclos.

A él le gustan dulces.

A mí, salados.

Pero igual nos llevamos bien.

Yo me río antes de que empiece a hablar.

Ya sé que va a decir un disparate.

Son muy divertidos sus disparates.

Sabe un montón de cine.

Y me explica.

Ahí, en serio.

Me gusta treparme en sus hombros.

Porque es muy fuerte.



Dice: "te voy a tirar a la pileta".

Cuando hace frío.

Y cuando hago alguna cosa por la que me dice que soy un boludo.

Y tiene razón.

Claro que no me va a tirar.

Yo, a veces, le hago creer que le creo.

Mi hermana le contesta y lo pelea.

Le dice que lo va a tirar a él.

Cuando no está, habla de él muy seguido.

Y dice que lo quiere ver.

Creo que a él le gusta que se nos corte la luz y el agua para que vayamos a su casa.

Igual, yo voy cuando quiero y lo llamo para ir.

Hacemos piyamada.

Para cuidarme, se pone serio.

A mí me gusta verlo serio.

Porque sé que me está cuidando.

Y porque igual es divertido.

Cuando yo era chiquito, decía que yo era su "principito".

Me parece que ahora lo piensa.

Yo pienso de él algo que me es suficiente.

Y tengo ganas de abrazarlo.

Él.

Él es mi tío.

## EL CARTEL INFORMA

La Comisión Directiva renunció en pleno.

Nadie en el barrio ayudaba.

Nadie se presentaba a la renovación de autoridades.

Y ellos ya estaban cansados.

Pusieron en la puerta de la casa un cartel que decía:  
"Ya no funciona la Sociedad de Fomento".

Ahí quedó la casa vacía.

Pasaron muchos meses.

Más de un año, tal vez.

Las paredes humedecidas.

Las plantas crecidas sin cuidados.

Feo olor al pasar por la puerta.

Muy probablemente, guarida de roedores.

Nadie hizo ninguna denuncia.

Ni siquiera los vecinos de las casas laterales.

Como si siempre hubiera sido eso.

Un día aparecieron las plantas prolijas.

Creyeron que por fin la Municipalidad había decidido hacerse cargo.

Con el correr de los días, se fue el olor.

Escucharon y vieron caretillas, cemento, cal, arena, ladrillos.

Al cabo de aproximadamente un mes, se sorprendieron un día cuando salieron de la casa un hombre y una mujer jóvenes y dos nenes que parecían tener entre seis y ocho años cada uno.

Era verano.

Y ellos, "ocupas".

Nadie dijo nada.

Evidentemente, la situación había mejorado.

De todos modos, la familia no fue aceptada.

Eran ocupas en un barrio de clase media.

Los chicos no pudieron hacer amigos en la escuela cercana.

Se destacaban como alumnos.

El primer año, el más chico entró a segundo grado y el más grande a tercero.

Salían a la vereda a jugar entre ellos "un cabeza" con una pelota de goma.

Cuando alguien iba a pasar, paraban el partido.

Dejaban pasar y saludaban.

No obtenían respuesta.

El matrimonio salía de la casa todos los días.

Seguramente, a trabajar.

Después de unos días se cansaron de saludar.

Aceptaron el carácter de inmigrantes mal recibidos.

Ya en el secundario, los chicos pudieron hacerse de amigos.

El colegio al que iban no quedaba cerca.

Recibían a sus amigos en la casa.

Se los podía ver charlando, a veces, en la plaza cercana.

Los dos solos en ocasiones.

Con los amigos, en otras.

Los criticaban porque fumaban.

Pero nadie podía decir que tiraran las colillas al piso.

Hubiera sido necesario mirar mucho para ver qué hacían con eso.

Y no era cuestión.

Sus padres recibían personas que se notaba que eran parientes.

Entre ellos, dos matrimonios de edad.

Seguramente, los abuelos de los chicos.

Pero parecían más bien solitarios.

Tal vez, tristes.

Años después, los chicos estudiaban en la facultad.

Y trabajaban.

Las voces del barrio dijeron que habían comprado uno de los terrenitos que quedaban en el barrio.

Lo comprobaron al ver que hacían una casa.

Los vecinos pensaban que probablemente uno de los hijos se casara.

Habían ahorrado alquiler durante años.

Algunos vecinos ya no estaban.

Otros sí, más grandes.

Y había vecinos nuevos, entre ellos niños de distintas edades.

No supieron que, veinte años después, la familia había iniciado los trámites de propiedad veinteañal.

Tampoco supieron que la obtuvieron.

Asombrados, vieron un día cómo la familia se mudaba a la casa recién construida.

Al día siguiente, en la casa que habían habitado, un cartel decía: "Casa cedida para Sociedad de Fomento".

### **INSEPARABLES**

A veces, iba adelante el niño.

Otras veces, el perro.

Otras, iban uno al lado del otro.

Sólo ellos sabían, o no, los motivos de esas distribuciones.

Donde estaba uno, estaba el otro.

Copete dormía debajo de la cama de Luciano.

Bajo protesta del papá.

Que no era muy amigo de perros y gatos.



Pero que amaba a su hijo y estaba orgulloso de él.

La mamá impuso el criterio.

Sin mucho trabajo.

Nadie conocía a su hijo como ella.

Eso decía.

Y lo que era bueno para su niño.

Luciano y Copete jugaban.

Se revolcaban.

Como decía la mamá, hacían pic nic juntos.

Luciano comía y le daba de comer a Copete.

A Luciano le gustaba dibujar.

Con los lápices de colores que le habían comprado en la librería de la otra cuadra.

Tirado en el piso, dibujaba en un cuaderno.

Los terminaba rápido, porque dibujaba mucho.

Copete se tiraba frente a Luciano, de panza.

Miraba lo que Luciano dibujaba con la atención de un crítico de arte.

Ladraba cuando Luciano terminaba un dibujo y se aprestaba a hacer otro.

Un ladrido.

El crítico de arte aprobaba.

Cuando Luciano cerraba el cuaderno porque no iba a dibujar más, los ladridos eran dos.

Un ladrido y un aplauso.

Copete le alcanzaba la pelota de tenis.

Luciano la tomaba y la arrojaba.

Copete se la volvía a traer.

Y así.

Copete no se cansaba nunca.

Luciano, sí.

Un solo árbol había en el jardín.

A Luciano le gustaba apoyar la espalda en el tronco.

Sentado en el pasto.

Y mirar.

Especialmente, a un colibrí que iba seguido y revoloteaba alrededor de la Santa Rita.

Copete miraba a Luciano mirar.

Cuando Luciano hacía el gesto, Copete ya se había levantado.

Luciano no estaba a veces porque iba a la escuela.

Copete se tiraba todo el tiempo junto a la puerta de entrada.

Se paraba y daba vueltas dos minutos antes de que Luciano llegara.

Luciano lo abrazaba.

Y continuaba la parte juntos del día.

Seguramente, Copete no entendía el motivo por el que Luciano tenía que ir a la escuela.

Probablemente, Luciano tampoco.

A ninguno de los dos le gustaba dormir la siesta.

Así que la aprovechaban para lo que fuera.

Si llovía, se quedaban en la habitación de Luciano.

Habitualmente, arriba de la alfombra.

Las bolitas rodaban ahí más despacio. .

Ambos sabían que no podían ponérselas en la boca.

Cerraban muy bien las ventanas.

Y sobre la alfombra tomaban la merienda.

Un día, un equipo ganó un partido importante de fútbol.

Muchas personas en la calle.

Silbatos, cornetas y una sirena.

Después de un ratito de buscarlos, no mucho, la mamá los vio.

En el rincón de la casa más alejado del exterior.

Uno pegado al otro.

Haciéndose compañía.

Y protegiéndose del ruido.

Mutuamente.



No sabía que podía escribir  
cuentos. Es más, muy  
probablemente esto que aquí  
presento no lo sean. Por eso  
"cuasicuentos". Sé la felicidad  
que me embarga mientras  
estoy escribiendo uno.

